

*El señor Presidente.*—¿No os dijo que era una desgracia para él, y que conocía haber cometido una falta?

*Wustinger.*—Dijo que había cometido una falta.

*El señor Presidente.*—¿Eran muy frecuentes las conferencias de Czernicheff con Michel?

*Wustinger.*—Al principio muy raras; pero fueron mas frecuentes cuando llegó el tiempo de su marcha.

*El señor Presidente.*—¿En dónde se celebraban las conferencias de Michel con los agentes rusos?

*Wustinger.*—En el palacio de la Embajada.

*El señor Presidente.*—¿En qué parte del palacio?

*Wustinger.*—En el salon, ó en una habitacion separada.

*El señor Presidente.*—¿Conferenciaban frecuentemente en vuestro cuarto?

*Wustinger.*—Algunas veces.

*El señor Presidente.*—¿No presenciásteis la entrega de un grueso rollo de papel hecho por Michel al señor Krafft, del 17 al 18 de Febrero?

*Wustinger.*—Ignoro lo que contenía; pero vi, en efecto, un gran rollo de papel.

*El señor Presidente.*—¿Se hizo la entrega en vuestro cuarto?

*Wustinger.*—Sí, señor.

*El señor Presidente.*—¿Recibió Michel seis mil francos del señor Krafft?

*Wustinger.*—Sí, señor.

*El señor Presidente.*—¿No se ocultaban de vos para dar y recibir dinero?

*Wustinger.*—No, señor.

*El señor Presidente.*—¿El día de la entrega del rollo de papel fué el que recibió Michel los seis mil francos?

*Wustinger.*—Vi que recibía dinero.

*El señor Presidente.*—¿Os dijo él que había recibido seis mil francos?

*Wustinger.*—Sí, señor.

*El señor Presidente.*—¿No os dió mil francos de los seis mil?

*Wustinger.*—No, señor.

*Michel.*—Sí, señor, se los dió: he dicho la verdad, he sido franco, y él no lo es.

*Wustinger.*—Tambien yo digo la verdad, me disteis quinientos francos.

*Michel.*—Os dió mil.

*El señor Presidente,* á Michel.—¿Se los disteis de los seis mil?

*Michel.*—No, señor Presidente, fué despues; si he dicho que se los dió de los seis mil, atribúyase á turbacion mia.

*El señor Presidente,* á Wustinger.—¿No os dió además doscientos francos?

*Wustinger.*—No, señor.

*El señor Presidente.*—¿Y qué significan esas dos carretadas de leña que, segun declaracion de Michel, debiais de darle?

*Wustinger.*—Al comprar leña para casa, tomé para él.

*El señor Presidente.*—¿Es decir, que haciendo provision para vuestra casa debiais mandarle dos carretadas á expensas de la misma?

*Wustinger.*—Por el dinero que me había dado.

*El señor Presidente.*—¿Y por qué se dirigía á vos para la leña?

*Wustinger.*—Su señora esposa me la pidió.

*Michel.*—Yo no necesitaba leña, él la ofreció.

*Wustinger.*—Es una doble falsedad, señor.

*El señor Presidente.*—¿No previsteis cuando se prendió á Sajon, criado de Czernicheff, que podiais serlo tambien juntamente con Michel?

*Wustinger.*—No, señor.

*El señor Presidente.*—¿No convinisteis con él sobre la manera de contestar acerca de la época y origen de vuestro conocimiento?

*Wustinger.*—El me dijo en un principio (mas no puedo recordar la época precisa), que me había encontrado y conocido en las Tullerías, á lo que le contesté que reflexionaría y trataría de hallar la verdad.

*El señor Presidente.*—¿Os convinisteis de este modo: *Yo diré tal cosa, vos estotra, y yo responderé esotra?*

*Wustinger.*—El me dijo: Nos veremos en las Tullerías; á lo que le contesté que lo vería despues de haber reflexionado sobre ello. Despues de dos años no puedo recordar el dia; pero sí recordé que el señor Oubril me envió á su casa.

*El señor Presidente.*—¿Y qué objeto tenia semejante convenio entre los dos?

*Wustinger.*—Lo ignoro.

*El señor Presidente.*—¿Os conveniais á fin de contestar con uniformidad acerca del origen y de la época de vuestro conocimiento?

*Wustinger.*—El me decía: Se os preguntará tal ó cual cosa.

*El señor Presidente.*—¿Por qué lo presentásteis en casa del señor Oubril?

*Wustinger.*—Yo no lo presenté: el señor Oubril sabía su nombre y su casa.

*El señor Presidente.*—Michel, ¿qué teneis que decir sobre el particular?

*Michel.*—La casualidad hizo que encontrase al señor Oubril; pero me parece, y creo firmemente, que Juan fué á mi casa de su parte en la época de nuestro primer conocimiento, medió una sola conversacion entre ambos, de cuyo particular me acordé despues de mi primera declaracion. Ya he dicho que no puedo saber si es él quien me proporcionó el conocimiento del señor Oubril; lo que sí es verdad, es que él me había presentado en casa del señor Czernicheff. Esto es lo que queria decir y cuales eran mis expresiones. Si yo me hubiera creído tan culpable, me habría fugado.

*Wustinger.*—Cuando el señor Czernicheff me pidió las señas de vuestra casa, os dije que deseaba hablarlos.

*Michel.*—No ví á estos señores por espacio de cuatro años que pasé con mi esposa, y que fueron los mas felices de mi vida.

*El señor Presidente.*—La esposa de Juan y la vuestra se veían con frecuencia: ¿no comian ambas familias juntas, convidándose mutuamente?

*Michel.*—Al cabo de mucho tiempo.

*El señor Presidente,* al testigo.—¿Vuestra amistad era mas íntima al fin que antes?

*Wustinger.*—Sí, señor.

*El señor Presidente.*—¿Por qué habeis hablado de haberos conocido en un paseo en las Tullerías?

*Wustinger.*—Yo no tenía ningun interés en decir que nos conocíamos de este ó de aquel modo. (A Michel.) Vos me dijisteis con toda naturalidad que el señor Czernicheff os había enviado á buscar como hábil copista, que podía ayudarle en sus trabajos.

*Michel.*—El señor Czernicheff me tenía empleado como tal.

*El señor Presidente.*—Wustinger, ¿erais vos el portador de la correspondencia? ¿Conociais su objeto?

*Wustinger.*—Nunca llevé carta que no estuviese cerrada.

*El señor Presidente.*—¿No estuvisteis nunca presente á las conferencias?

*Wustinger.*—Jamás.

*El señor Presidente.*—¿No se trabajó nunca delante de vos?

*Wustinger.*—Una sola vez; yo entré porque se me pidió alguna cosa, y entonces vi trabajar á Michel.

*El señor Presidente.*—¿Y con quién?

*Wustinger.*—Con el señor Czernicheff.

*El señor Presidente,* á Michel.—¿Fué el dia que recibisteis los seis mil francos?

*Wustinger.*—Fué despues.

*Michel.*—No, señor; no fué ese dia.

*Wustinger.*—Michel trabajó por la mañana; pero el dinero lo recibió por la tarde.

*El señor Presidente.*—¿Pero fué el mismo dia?

*Wustinger.*—Algun tiempo despues.

*El señor Presidente.*—¿Entregó el trabajo del 17 al 18 de Febrero?

*Wustinger.*—Ignoro si era el mismo trabajo.

*Michel.*—La entrega se hizo unos dias despues.

*El señor Presidente.*—¿No os manifestó Michel algunas veces sus temores acerca de las fatales consecuencias de sus relaciones con los agentes rusos?

*Wustinger.*—Ya en los últimos tiempos.

*El señor Presidente.*—¿En qué época?

*Wustinger.*—Pocos dias antes de su prision, y yo le respondí que no tenía nada que temer, y yo menos, puesto que no hacía otra cosa que obedecer las órdenes de mis amos.

*El señor Presidente.*—Es claro que vos le haciais objeciones acerca de los servicios que prestaba á la embajada, puesto que él os contestaba: lo que yo hago, lo harian todos; esto es muy comun, y para ello se paga á los embajadores.

*Wustinger.*—Eso era en la época del señor Nesselrode.

*El señor fiscal.*—¿No os manifestó sus recelos sino cuando le notificásteis la prision de Sajon, criado del señor Czernicheff?

*Wustinger.*—No, señor.

*El señor fiscal.*—¿Le disteis vos esta noticia?

*Wustinger.*—Sí, señor.

*El señor fiscal.*—Michel: os haré notar la contradicción en que habeis incurrido al querer atribuir á Wustinger lo que desde luego atribuísteis á Saget. Oid vuestra primera declaración: «Algunas veces nos comunicábamos Saget y yo nuestros recelos; Saget temía alguna indiscreción y sus consecuencias;» pero queriendo en el mismo momento disculpar á Saget, pretendísteis que era un error el haber nombrado dos veces á éste, y que queríais designar á Wustinger como la persona á quien confiásteis esos temores. Vos mismo veis ahora que éste sostiene que nunca se los disteis á conocer hasta después de la prisión del criado Sajon; al contrario, sostiene vuestra aserción relativa á que eran cosas muy comunes y sencillas, y que para ellas se pagaba á los embajadores.

*Michel.*—Es una aserción completamente falsa; lo cierto es que yo manifesté mis recelos respecto al señor Czernicheff, y dije á Wustinger varias veces: «mucho bien se me hace; pero esto mismo me incomoda, y es preciso que corte toda correspondencia con estos señores; pero Juan, que gozaba de un gran ascendiente sobre sus señores, me empeñó á continuar. Ya tengo hechas otras declaraciones contra mí: ¿qué interés tendría en no decir en esto la verdad? ¿Qué interés podría moverme á obrar de otro modo cuando podría hacer misterio de cosas de mayor importancia? Nadie me ha forzado á manifestar mis relaciones con el señor Oubril, pues que voluntariamente he hecho todas estas revelaciones, y al reconocer mi falta, no he creído cometer un crimen tan horrible, ni deseado nunca cometerlo.

*El señor fiscal.*—Sin embargo, ya veis los resultados de esta vuestra declaración.

*Michel.*—En el estado de dolor, de incomodidad y anonadamiento en que me encontraba, pude muy bien nombrar á Saget en lugar de Juan, á quien en realidad comuniqué mis temores, y no á Saget, y sería excesivamente culpable si cometiera tal impostura contra mis compañeros. Por otra parte di un paso que autoriza á Juan á aborrecerme. Me abstendré de nombrar las personas que me forzaron á remitir á la prefectura de policía una carta dirigida á hacerle salir del palacio; no sabía yo que

disfrutaba del derecho de gentes, de no poderse allanar el domicilio de los embajadores, y que no se le podía prender en él; pero escribí, salió y fué preso en el mismo sitio adonde se le citaba en mi carta. Juan se persuadió de que era yo quien le llamaba y se encontró con la policía que le prendió. Hé aquí el motivo de su venganza.

*El señor Presidente.*—Wustinger: ¿no instásteis á Michel para que sobornase al señor Salmon, que trabajaba con el príncipe de Neufchatel?

*Wustinger.*—Nunca he conocido al señor Salmon.

*El señor Presidente.*—¿No se os encargó que comprometierais á Michel á que sedujese á algunos empleados de la oficina del Mayor-general?

*Wustinger.*—No, señor: nunca oí hablar de este particular. El señor Czernicheff dijo un día, que como yo iba con frecuencia á llevar recados al señor príncipe de Neufchatel debía saber su casa; á lo que contesté que jamás la había sabido, y no me preguntó más.

*El señor Presidente.*—¿Os ha dictado vuestra conciencia todas vuestras declaraciones?

*Wustinger.*—Sí, señor.

*El señor Presidente.*—¿Decís la verdad?

*Wustinger.*—Sí, señor.

*El señor Presidente.*—¿No os anima ningún espíritu de venganza?

*Wustinger.*—Ninguno.

*El señor Presidente.*—Michel: todas las declaraciones de Wustinger son desde luego en vuestro descargo; ha dicho siempre la verdad: ¿qué interés, pues, puede moverle á negar las conversaciones en que sustituis su nombre al de Saget?

*Michel.*—Si yo hubiera tenido esas conversaciones con Saget, fuera bastante franco para revelarlas.

*Wustinger.*—Me habeis repetido muchas veces que eran cosas indiferentes, y que se hacía lo mismo en todos los países.

*Michel.*—Si eso fuera cierto, sería ingenuo, en vez de desmentirlo.

*Wustinger, á Michel.*—Me dijisteis que cumplía con mi deber prestándome á este negocio.

(Un jurado preguntó en qué calidad servía el testigo en la embajada rusa, y si era francés ó extranjero.)

*El señor Presidente.*—No es francés, nació en Austria.

*El jurado.*—¿Y en qué calidad servía?

*Wustinger.*—En la de camarero, en un principio, y en la de conserje, después.

*El señor Presidente.*—¿Os habeis casado en Francia?

*Wustinger.*—Sí, señor.

*El señor fiscal.*—¿En qué época llegó á Paris el señor Nesselrode?

*Wustinger.*—Hace unos tres años y medio ó cuatro.

*El señor Presidente.*—¿Lo vió Michel durante estos viajes?

*Wustinger.*—No era Michel el que venía á palacio cuando aquel estaba en Paris; yo era quien iba frecuentemente á su casa.

*El señor Presidente.*—Pero, ¿le vió Michel?

*Wustinger.*—Una sola vez fué á llevar una carta, encargándome la incluyera en los paquetes de aquellos señores, y por la tarde volvió á recogerla.

*El señor Presidente.*—¿Conociáis al señor Oubril?

*Wustinger.*—Sí, señor.

*El señor Presidente.*—¿Cuántas veces ha venido á Francia?

*Wustinger.*—Dos.

*El señor Presidente.*—¿Lo vió Michel durante sus diferentes estancias en Paris?

*Wustinger.*—Sí, señor; el señor Oubril hizo un viaje en 180... y otro después de la paz, en que vino como encargado de negocios.

*El señor fiscal.*—¿No fué Michel á recoger la carta que había llevado al señor Nesselrode?

*Wustinger.*—Sí, señor, el mismo día que la entregó.

*El señor fiscal.*—¿Y qué hizo de ella?

*Wustinger.*—Si no me engaño, la hizo pedazos.

*El señor Presidente.*—¿Os ha hablado Michel de otros empleados de su oficina?

*Wustinger.*—Algunas veces, aunque pocas, de un tal Saget, á quien nunca he conocido.

*El señor Presidente.*—¿Os ha hablado de alguno que le ayudase en sus trabajos?

*Wustinger.*—Me decía que trabajaba por sí solo.

*El señor Presidente.*—¿Os dijo si teníais conocimiento del trabajo que hacía?

*Wustinger.*—Nunca me habló nada sobre este particular.

*El señor Presidente.*—¿Os dijo que trabajaba para el señor embajador como se trabaja en todos los países, y que hacía lo que otros harían del mismo modo? ¿Os dijo que los otros empleados estaban enterados del particular?

*Wustinger.*—Al contrario, que no siempre sabían lo que él hacía.

*El señor fiscal.*—¿No os ha dicho Michel que Saget y Salmon ignoraban el objeto de las noticias que pedía?

*Wustinger.*—Me dijo, que les hacía ver que el trabajo era destinado á un llamado Delpont.

*El señor Presidente.*—¿Y os ha dicho Michel porque disimulaba que lo que hacía era para la embajada rusa?

*Wustinger.*—Al contrario, que no quería decírselo.

*El señor Presidente.*—¿Dijo por qué motivo?

*Wustinger.*—Porque en este caso tenía que darles parte de lo que recibía.

*Dupin, abogado.*—Michel ha dicho á los testigos que hacía creer á sus compañeros que las noticias que pedía eran para el proveedor Delpont. Juan, sin embargo, sabía con toda seguridad que no eran para éste, sino para la embajada rusa, pues que era el encargado de llevar todos los paquetes: ha dado, pues, á conocer, cuál era el motivo de este falso pretexto que daba á los empleados del ministerio: esta circunstancia da entender que tuvo más bien con él algunas confidencias, que con Saget.

*Wustinger.*—Ignoro si Michel tuvo ó no confidencias con esos señores.

*Dupin.*—¿El os ha dicho que había ver que era para Delpont el trabajo que encargaba, y vos sabíais todo lo contrario?

*El señor Presidente.*—¿Pero os ha dicho constantemente que les ocultaba que trabajaba para la embajada ó agentes rusos?

*Wustinger.*—No me lo ha ocultado, porque yo sabía que trabajaba para el embajador, pero si me dijo que hacía ver á sus compañeros que trabajaba para el señor Delpont.

*El señor Presidente.*—¿Y que él era el obligado á pagar el trabajo hecho por éste?

*Wustinger.*—Sí, señor.

*El señor fiscal.*—¿No os dijo Michel un día, con ocasión de cierto trabajo que le exigía el señor Krafft, que no podía hacerlo menos de dos mil francos?

*Wustinger.*—Sí, señor, para el señor Krafft: más ignoro si se los dió, ó no.

*El señor Presidente.*—¿No visteis trabajar á Michel en vuestro cuarto, y con el señor Czernicheff durante una hora ú hora y media?

*Wustinger.*—Sí, señor, le ví con un gran papel y cifras.

*El señor Presidente.*—Habeis dicho: «trabajaron un día en mi cuarto, hora y media: ví un gran papel lleno de cifras, y me retiré mientras escribían» (A Michel). Michel, os requiero digais, ¿qué papel era el que escribíais? Esto no es sino simple entrega del trabajo ya hecho.

*Michel.*—Yo no hice jamás trabajo alguno en presencia de dichos señores.

*Wustinger.*—Tampoco asistí yo á ese trabajo.

*El señor Presidente,* al testigo.—¿Visteis al paso si había tintero y papeles sobre la mesa?

*Wustinger.*—Sí, señor; pero no examiné.

*El señor Presidente,* á Michel.—Michel: el testigo habla de una entrevista de hora y media en su cuarto: si no hubierais hecho otra cosa que una sencilla entrega del trabajo al señor Czernicheff no necesitábais para eso tanto tiempo: decís que os habeis ocupado en rectificaciones del mismo trabajo.

*Michel.*—Hablabamos de cosas diferentes y extrañas al trabajo en cuestion.

*El señor Presidente,* al testigo.—¿Cuánto tiempo duraban por lo ordinario las conferencias?

*Wustinger.*—Por lo comun media hora á lo mas: pero esta vez duró una hora ú hora y media.

*El señor Presidente,* á Michel.—Habeis negado el que diérais la fuerza de los cuerpos, pero en las cifras resultado.

*Michel.*—Yo no he extraido jamás copia alguna de los documentos oficiales, como son los partes de los generales del ejército, que remiten al ministerio: cuanto he dado ha sido creado por mí valiéndome del librito.

*El señor Presidente.*—¿Os ratificais en que Saget os dió las notas?

*Michel.*—Sí señor, en cuanto á los oficiales del Estado Mayor y números de los cuerpos, pero sin fuerzas; éstas fueron creadas por mí.

*El señor Presidente.*—¿Dijisteis que las fuerzas las hizo Salmon?

*Michel.*—En parte.

*Salmon.*—Fueron completadas por mí.

*El señor fiscal.*—Michel: ya que trabajais atenido solo á vuestra imaginacion, es preciso convenir en que engañábais á los agentes rusos.

*Michel.*—Mi mayor placer estribaba en engaños: tuve la desgracia de cometer una falta voluntariamente, y desde entonces no pude ya evadirme de sus manos, en cuyo poder me retuvieron á fuerza de astucias.

*El señor fiscal.*—Pretendeis que trabajábais de imaginacion y que vuestro mayor placer estribaba en enganar á los agentes rusos, dándoles noticias imaginarias, pregunto: pues, ¿á qué venía el interés con que empeñábais á Saget para que extrajera de las carteras de sus compañeros los nombres relativos á los verdaderos movimientos de las tropas?

*Michel.*—Yo no he empeñado á Saget... Le decía solamente, dadme los nombres de los cuerpos, y yo llenaba idealmente las fuerzas.

*El señor fiscal.*—¿Por qué, pues, si queriais enganar á los rusos y entregarles las noticias imaginarias os dabais tan malos ratos copiando las noticias de noche?

*Michel.*—No he recibido de Saget otra cosa que un cuaderno en el que constaban los números de los cuerpos sin fuerzas; y las llenaba idealmente ayudado del librito y del conocimiento que tenía de los batallones que componen los regimientos, así como los hombres que componen los batallones y compañías.

*El señor fiscal.*—¿Por qué escribíais en vuestro billete al señor Czernicheff que se organizaba un cuarto cuerpo?

*Michel.*—Porque era ya público.

*El señor fiscal.*—Pedisteis, sin embargo, la nota á Salmon.

*Michel.*—No, señor.

*Salmon.*—Sí, me la pidió en la calle de la Bourcherie.

*Michel.*—Si él lo asegura, convendré en que se la pedí, pero no me acuerdo.

*El señor fiscal.*—¿Os afirmáis, Salmon, en que no cometisteis error declarando haber encontrado á Michel dias antes de su prision en la calle de la Bourcherie, y que os pidió la situacion del cuarto cuerpo que se formaba, exigiéndoos le manifestaseis la persona que debía mandarlo?

*Salmon.*—Todo me lo dijo junto á la puerta de un carnicero.

*El señor fiscal.*—¿Y esto era precisamente cuando se formaba el cuarto cuerpo? Michel, ¿queriais esta noticia para enganar á los rusos anunciándoles la formacion del cuarto cuerpo, cuya organizacion pediais á Salmon, quien os contestó no la tenía, y á quien invitasteis de nuevo para que os la proporcionase, á lo que nuevamente os contestó de un modo evasivo?

*Michel.*—No me acuerdo de esta conversacion.

*El señor fiscal.*—¿Queriais enganar á los rusos cuando escribíais al señor Czernicheff que la guardia imperial, cuyo destino tanto anhelaban saber, formaba una parte del ejército de Alemania, y cuya existencia que os diera Saget?

*Michel.*—Saget no me dió tal nota.

*El señor fiscal.*—No confundamos las ideas: es cierto que en un principio y en tiempos anteriores os proporcionó Salmon antiguas organizaciones sobre la guardia: pero cuando el señor Czernicheff la vispera de su marcha vino á vuestra casa y os dijo: «Sé que se forma un cuarto cuerpo: yo voy á marchar y deseo tener la situacion de la guardia.» Entonces se la pedisteis á Saget, y éste tomó de las carteras del señor Delacroix el trabajo completo de la guardia: vos lo copiasteis durante la noche asegurando desde luego al señor Czernicheff, que se lo llevariais al dia siguiente, á las siete de la mañana: no pudisteis ir, por la mala noche que pasasteis, pero él vino á vuestra casa á buscarlo, y esta conducta no es muy conforme con la intencion que suponeis hoy, por primera vez, de querer enganar á los rusos.

*Michel.*—Señor, confieso que esta es la única vez que me he servido de documentos oficiales proporcionados por Saget: yo hice las copias por extracto, pero había pormenores que no di.

TOMO II.

*El señor fiscal.*—¿Queriais enganar á los rusos pidiendo á Salmon que os procurase el estado de la artillería y de sus piezas?

*Michel.*—No he pedido tal cosa. El mismo Czernicheff me dijo algunas veces que mis fuerzas eran ideales, y que, como tales, las presentaba.

*El señor fiscal.*—¿Pedisteis á Salmon que os proporcionase el estado de artillería?

*Michel.*—Jamás he hablado de este particular.

*Salmon.*—Sí, señor, yo le dije que no tenía conocimiento de tal cosa. (A Michel). Vos me respondisteis: esto es muy fácil de calcular; todo regimiento tiene tantas piezas de artillería.

*El señor Presidente.*—¿Luégo vos habeis hecho la peticion de las piezas?

*Michel.*—No me acuerdo: pero será posible, puesto que él lo asegura.

*El señor fiscal.*—Es preciso arrancaros las palabras segun el sistema de negativa que habeis adoptado y que está desmentido por vos mismo.

*Michel.*—Cuando dije que engañé á los rusos, fué en cuanto á la situacion del ejército de Alemania.

*El señor fiscal.*—No equivoquemos el extremo de los libros: hay un libro impreso comun á la oficina: no se habla de éste, ni debe confundirse con el libro de estados, que se hacía en cada quince dias para el emperador, con objeto de presentarle la situacion del ejército.—Salmon, decidnos ¿qué era este libro que se encontraba en todas las secciones abierto al público?

*Salmon.*—Este libro indicaba todos los cuerpos por su orden numérico, el número de los batallones, su situacion en las diferentes divisiones del interior del ejército, y los nombres de los comandantes de batallones y coroneles.

*El señor Presidente.*—¿Indica tambien el nombre de los cuerpos?

*Salmon.*—Solo la colocacion de todas las partes de cada uno.

*El señor fiscal.*—¿Y este libro estaba abierto al público?

*Salmon.*—No estaba precisamente abierto al público, pero cuando cualquiera venía á saber alguna noticia parcial, se le daba con arreglo á este libro.

*El señor fiscal.*—De modo, que cuando viniera

algun pariente ó amigo á informarse, vos podiais decirle: el cuerpo está en tal punto, pero os estaba prohibido dar noticias especiales.

Salmon.—Sí, señor; en fin, segun los motivos que me daba Michel, yo creí siempre servir á mi país y á mi príncipe.

El señor Presidente.—Michel, esta es la primera vez que habeis dicho haber engañado á los rusos.

Michel.—Yo los he engañado, efectivamente, haciendo un trabajo ideal; observad que he estado sin verlos largos intervalos.

El señor Presidente.—Ved vos tambien lo que deciais en vuestra primera declaracion. «No tengo expresiones para explicar todos los medios de que se valieron para sitiarme... Yo he ofendido con mi conducta á mi soberano; penetrado de un sincero arrepentimiento, imploro su misericordia.»

Michel.—Sí, señor: he aquí mi pensamiento: yo sabia que cometía una falta; pero no he creído cometer un crimen, yo me he visto circuido y hostigado, y si he cometido una falta no he creído obrar criminalmente.

Los otros testigos oidos fueron los señores Salmon, jefe de la seccion del movimiento de las tropas en el ministerio de la Guerra; Koudt, natural de Sajonia, antiguo criado del conde de Czernicheff Gerard, jefe de la division del ministerio de la Guerra; Chapins, 2.º jefe de la seccion de movimientos; Mourie, empleado en el ministerio de la Guerra; Janet, encuadernador; Sofia Baudoureau, costurera, y Maria Mercier, oficiala de sombreros de paja; pero de todas sus declaraciones, la única de importancia es la del señor Gerard que declara: *que frecuentemente advertia á todos los empleados de su seccion, que el trabajo de que estaban encargados exigia la mayor discrecion y que el silencio era el primero y más sagrado de sus deberes*: precaucion que prueba cuán necesario era el secreto, y que, por consiguiente, cuán culpables todos aquellos que le quebrantaban.

El fiscal tomó la palabra para hacer ver á los señores jurados, los hechos que resultaron de los interrogatorios, y concluida esta tarea, se expresó en los términos siguientes:

El señor fiscal.—Teneis, señores que decidir, si Michel sostuvo relaciones con los agentes de una po-

tencia extranjera, con el objeto de proporcionarle los medios de emprender la guerra contra Francia: y si este mismo individuo reveló á dichos agentes el secreto de las expediciones militares de Francia en el que estaba iniciado por razon de su destino; en vano sería querer defender á Michel de estos dos extremos.

¿Cómo es posible que un hombre que hace ocho ó nueve años sostiene mercenarias con cuatro agentes de la Rusia, que han vivido en París durante este tiempo, que se comunicó con ellos en persona y por escrito, con el único objeto de tenerlos al corriente de la situacion de nuestros ejércitos, del modo sucesivo de su organizacion, del efectivo de sus cuerpos, de sus movimientos y posiciones, de la promocion y destino de los generales, y de la formacion de los estados mayores; cómo es posible, repito, que un hombre tal no sea culpable de haber sostenido con estos extranjeros relaciones dirigidas á proporcionar los medios de emprender la guerra contra la Francia?

Yo no alcanzo, señores, de qué racionios podría valerme para justificarle de esta primera acusacion. No hay duda alguna que sus relaciones eran para ellos de la mayor importancia: el conocimiento exacto de nuestras fuerzas de todas armas, les facilitaba un medio comparativo de su propia situacion y de sus esperanzas; con nuestro efectivo calculaban si debian evitar sus inútiles esfuerzos, ó bien aumentar la insuficiencia de sus medios; de modo, que con tales antecedentes, estaban seguros de no aventurar su suerte á la decision de una batalla y de no ser sorprendidos en su estado de nulidad la composicion de nuestros diferentes ejércitos; su masa y organizacion, les indicaba las miras hostiles ó pacíficas que nos animaban, los movimientos de los cuerpos y su posicion, y determinaban el objeto de sus primeras medidas generales, y el extranjero, dueño entonces de todos nuestros secretos relativos á las expediciones proyectadas, sabia el punto que estaba amenazado contra el que podía mover un ejército encargado de sorprendernos; observaba tambien en estos movimientos las partes más débiles de nuestro territorio, y podía muy bien aprovecharse del momento para atacarnos con toda seguridad; la composicion del Estado Mayor, en fin, y la eleccion y destino de los

generales, para éste ú el otro ejército advertian á las potencias rivales la naturaleza de las hostilidades que debía temer y la clase de talentos que tenian para combatir en tal ó cual punto; con tales antecedentes podian muy bien oponer á nuestros generales la resistencia más bien concertada: en verdad, señores, que un francés que sostiene con los extranjeros tales relaciones con objeto de proporcionarles las instrucciones más adecuadas para conseguir la victoria, y que al mismo tiempo admite la paga infame dada por ellas, un francés como éste, repito, no puede ser ya más culpable y criminal; segun el sentido y términos de la acusacion, es incontestable que facilitaban á los extranjeros los medios de emprender contra Francia la guerra defensiva y ofensiva.

¿Es menos evidente, señores, que Michel vendió á los extranjeros el secreto de las expediciones militares en que estaba iniciado por razon de su destino? Consiguado se encuentra este segundo extremo en el exámen del primero: revelar á los extranjeros el secreto de nuestras fuerzas; hacerles conocer la organizacion de los cuerpos de ejército indicarles la composicion, el efectivo, la direccion, movimiento y posicion de cada uno de ellos, no es otra cosa que vender el secreto de nuestras expediciones, ó lo que es sinónimo, el secreto de nuestras operaciones militares; no debe dudarse de que el gobierno tenía grande interés en ocultar sus procedimientos: el tribunal recordará las precauciones tomadas para que nadie viera el librito de la situacion de los ejércitos, los encargos hechos á los empleados de las secciones para prevenir toda indiscrecion, y el cuidado con que se distribuian los documentos de un mismo trabajo, con el objeto de cubrirlo todo con un velo impenetrable: se sabe tambien el gran secreto con que se dispone el movimiento de las tropas, en términos, que casi siempre los cuerpos y aún los generales, se ponen en marcha sin conocer sus destinos, el cual, no saben hasta despues de haber llegado á él, á veces por mil rodeos, hijos de una prudente combinacion dirigida á entretener la curiosidad de las potencias interesadas en prever la situacion definitiva de nuestros diferentes cuerpos.

Es demasiado evidente, y no exige exámen alguno, que Michel, por razon de su destino, estaba ins-

truido del secreto de nuestras expediciones. ¿Qué descargos podrá, pues, presentar en su favor? ¡Ah! Lo ignoro; nueve años consecutivos ha trabajado para acumular este número monstruoso de crímenes y traiciones que al fin producirán su pérdida acompañada de una eterna infamia. Michel ha despreciado todos los caminos de salvacion y arrepentimiento que se le presentaron durante este largo intervalo. Michel ha sofocado los gritos de su conciencia para justificar con una perversa moral, el más horroroso de los atentados. Michel, en fin, no ha omitido hasta el último momento medio alguno para alejar de sí aún aquella estéril compasion que más de una vez inspira un reo á quien el tribunal se ve precisado á condenar.

Pretende este acusado en sus interrogatorios que se regocijó con mucha anticipacion de la marcha del señor Czernicheff, y de la libertad en que quedaria entonces de abandonar un género de vida que le incomodaba; pero al contrario, señores, lejos de desear circunstancias que pudiesen interrumpir el curso de sus crímenes, deploraba en los sucesos políticos y marcha de las tropas, la imposibilidad á que se encontraria bien pronto reducido de continuar en su infame comercio: las tropas, decia con frecuencia á Salmon, se marchan todas á Alemania, en donde vivirán sobre el país, en cuyo caso, quedará reducido á mi sueldo, y solo despues de la prision de Sajon, criado del señor Czernicheff, en la que preveia, como sucedió, la suya propia, parece que abrió los ojos á la enormidad de su crimen. ¡Pueda este tardío arrepentimiento parecer puro á los ojos de la divina justicia!

En cuanto á Saget y Salmon, no son acusados del crimen principal de traicion, pues no tuvieron comunicacion alguna con los agentes rusos, ni éstos recibieron de sus manos las notas que redactaban ó que Saget sustraía de las carteras, de modo que la prevencion contra ellos se limita á haberse hecho cómplices de las relaciones sostenidas por Michel, suministrándole cuantas noticias trasmittía á los agentes rusos, y sabiendo el uso y destino á que se dirigian. Estos dos acusados sostienen que procedian de buena fé, manifestando que Michel les había persuadido de que todas las noticias iban destinadas á un proveedor cuya correspondencia despachaba, y tenian por